

E. García Marcoli

Cap d' estopa

NOVELA CORTA



1902
Tipografía Moderna
ALICANTE



CAP D'ESTOPA

Folleto, caja 3/84

E. GARCÍA MARCILI

CAP D'ESTOPA

Novela corta
de costumbres alicantinas

PRÓLOGO de
H. CARPINTERO

LEMA: Cabeza de estudio.

1902
Tipografía Moderna
ALICANTE



ESTA OBRA OBTUVO
EL PREMIO DEL SE-
ÑOR BARÓN DE PE-
TRÉS EN LOS JUEGOS
FLORALES CELEBRA-
DOS EN ALICANTE EL
DÍA DIEZ DE AGOSTO
DE MIL NOVECIENTOS
DOS. † † † † † †



Al excelentísimo señor

Don Alfonso de Sandoval

BARÓN DE PETRÉS

El premio por V. concedido para los Juegos Florales, á la mejor novela corta de costumbres alicantinas, lo obtuvo el presente trabajo, según benévola fallo del Jurado calificador.

A V. dedico, pues, en prueba de agradecimiento, esta mi primera obra, rogándole la acepte con tanta benevolencia como satisfacción siente al dedicársela

El Autor



PRÓLOGO

La cariñosa amistad que profeso al autor de esta novelita de costumbres alicantinas, me obliga á escribir algunas líneas de prólogo, ya que los deberes de la amistad son exigibles. Soy, pues, un amigo, no un crítico.

Autor y prologuista nos presentamos al público, saludándole cortesmente, ya que hasta en los momentos más solemnes y tristes de la vida, el saludo es debido. Mas el primero lo hace con méritos suficientes, como lo prueba la interesante narración

que con el título CAP D' ESTOPA, os presenta; en tanto que el segundo lo hace solamente con los títulos del cariño y de la amistad, pues los oficiales para nada valen en estos casos, y confiado en la benevolencia del culto público alicantino.

Si en el género narrativo, los caracteres, las pasiones, las descripciones, el reflejo, en suma, de la vida humana en acción son el alma, el nervio, el esqueleto, la musculatura y la sangre, cuando se hallan expresados artísticamente, es decir, con facilidad, donosura y gracia de estilo; al encontrar una obrita de este género que tiene trazados con vigor, fácil y primorosamente, tipos arrancados de la inmensa cantera de la realidad palpitante y á la par descripciones animadas y coloreadas con suaves tintas y delicados matices; si á la vez se reflejan con nitidez y exactitud y amor, costumbres cuyas raíces se extienden por todo un pueblo, una región

ó una localidad, la producción, sin género de duda, interesará, producirá emoción estética.

La composición CAP D' ESTOPA reúne estos méritos, según mi modesto juicio; se lee con gusto, sintiendo, si acaso, que no sea más extensa, y al contemplar cómo se resuelve en llanto y grito de arrepentimiento, la tempestad de celos, venganza é iracundia que se libraba bajo el cráneo de Chimo, se experimenta grata y noble impresión en el alma, como la produce todo lo que contribuye á levantar el corazón hacia Dios, buscando la armonía, el orden, la paz entre los humanos, pues son los medios seguros de su perfeccionamiento y progreso.

Mas esta opinión mia, que podría tacharse de parcial por el afecto que tengo al Sr. García Marcili, apóyase en la más serena y desapasionada que ha dictado el Jurado calificador de los Juegos flora-

les, celebrados en Agosto próximo pasado, al otorgar á esta verdadera cabeza de estudio, el premio del Excmo. Sr. Barón de Petrés.

Como no me parece oportuno aprovechar, ó, si se quiere, forzar esta ocasión para hacer excursiones por el fértil y florido campo de las letras patrias, mostrando la abundante y selecta producción que en este género de obras hemos tenido, hago punto final (y será lo mejor) recordando lo que decía el insigne literato y filólogo aragonés, Sr. Borao, compañero de los ilustres Sres. Balaguer y Boix,—portaestandartes del movimiento literario regionalista de Cataluña y Valencia, en lo que tuvo de legítimo, alto y patriótico—al prologar las obras del primero:

*«No estamos en los mejores tiempos
»para libros, porque en rigor no estamos
»en buenos tiempos para nada...; pero ya
»que el magnánimo pueblo español... se*

*»solaza, se aturde ó se medicina con el
»calmante de todas las diversiones y lujos
»que Dios crió para épocas de desocupa-
ción y beatitud...» me atrevo á reco-
mendarle esta producción literaria, que
seguramente le deleitará, pues para sabo-
rearla no se necesita ser poeta ni literato
de profesión, sino tener un poco de sen-
timiento.*

H. Carpintero.



I

DESPEREZÁBASE el día con languidez
soñolienta de amanecer de estío; el
sol apareciendo por el horizonte
semejaba salir del baño y pausadamen-
te ascendía por la azulada bóveda, como
si desde el Cabo de la Huerta lo empu-
jasen poco á poco hacia arriba; el cielo,
cada vez más claro, iba adquiriendo su
brillantez limpísima, cual inmensa cor-
tina de terciopelo, reflejándose en el in-
finito espejo del Mediterráneo.

Esfumados antes en la sombra apare-
cían ahora dibujándose vigorosos con
toda la plenitud del colorido, los artís-
ticos balnearios en formación correcta,

recostados sobre la arena de la playa y avanzando mar adentro, como para ver mejor el reflejo que sus pintadas paredes producían en la inmóvil superficie de las aguas.

Las palmeras del paseo de Gómiz parecían dormir aún; ni una sola rama se movía, agitándose perezosa ó murmurando suave en aquel silencioso concierto de aplomada calma.

Con pausado remar, las *parejas* rasgaban la bruñida llanura hasta entrar en el puerto, marchitas las blancas velas caídas sobre el mástil, semejando, más que bandada de palomas, cordón de hormigas que con el hallado sustento regresaban unas tras otras á sus almacenes.

Allá en el *Postiguet* se sacaba el *bol*; una cuadrilla de hombres, más tostados que la arena que pisaban, desnudas las vellosas pantorrillas, iba sacando del mar, como enormes solitarias, larguísimas maromas portadoras de la red que debía encerrar la anhelada pesca. Bajaban hasta bañar sus pies en el agua, para

subir luego arrastrando la maroma y volver á tirar de aquella cuerda sin fin que parecía no acabarse nunca, y sudorosos miraban al mar, á la barca, que señalaba el fin de la faena y que el cansancio veía cada vez más lejos, como si fuera inútil aquel tirar de las maromas y aquel subir y bajar por la playa, bajo el aplastante calor de la mañana y el continuo hormigüear del estómago, virgen aún de todo alimento.

Por fin la lancha varó en la arena; *Rosario*, la barca más marinera de todas, la más gallarda, la que más valerosa desafiaba temporales, alentada, seguramente, por el brazo de su patrón, de *Pascualo*, á quien los achaques de su padre obligaron á encargarse del negocio.

El *agüelo* no estaba ya para esos trotes; bastante había sufrido con las peras olas, que no miran nada cuando se enfurecen. Ahora á descansar; que trabajasen los jóvenes; para algo había criado él un chico tan guapo, tan valiente y tan... *tiburón*: para que ganase

el pan nuestro de cada día. El tío *Crane* bastante hacía con remendar redes, hacer banastas de junco y consumir cajetillas en aquella histórica pipa, que tantas veces sustituyó al alimento en días de *calma enécha*.

Pascualo bajo de su barca, bajó también la gente que á sus ordenes trabajaba en el mar y comenzó la *tala* del pescado. Allá la plomiza *sardineta*; los parduzcos lenguados á otro sitio; en esta cesta los sabrosos salmonetes con sus rojizas escañas; más allá la merluza, semejando lingotes de plata, y aquí y allá en diferentes montones quedó ordenado aquel *pot-pourri* marino que la red apasionaba momentos antes. Ahora en procesión á los consumos, á pesar la mercancía; luego á subastarla..., y cuando cada cual desfilaba terminada la faena, se oyó entre el barullo del muelle, una voz que cada vez más cerca gritaba: *¡llus y molchs, de la parella de hara!*

Aquella voz pareció sacudir los nervios de *Pascualo* que instintivamente llevó su mano á la cintura para acariciar

el mango de la faca. Continuó; siguió avanzando el vendedor de pescado gritando cada vez más fuerte, enrojecida la cara por el esfuerzo y al cruzarse los dos, se miraron con desprecio, con mirada que parecía salivazo de rabia, y siguieron, *Pascualo* pausado y cabizbajo; el otro, el vendedor, *Chimo*, pregonando su mercancía: *¡llus y molchs, de la parcella de hard!*



II

FIGURAOS el hoy llamado paseo de Gó-
miz, sin esas palmeras que, dándo-
le aspecto oriental le sirven de adorno; sin esas casetas de madera artísticas y coquetonas, *cubriendo la carrera*, tan igualitas, tan rectas, tan limpias... como fila de soldados que se cuadran y presentan las armas ante la majestad del mar, que siempre tranquilo se extiende ante ellas entonando rumoroso y sublime canto á la Naturaleza, que puso á su orilla marco tan hermoso.

Figuraos el desierto que quedaría sin ésto, sembrado al azar de inmundos y asquerosos barracones construídos con

residuos de todo lo existente: palos, tablas, cortinas, sacos, piedras, hierro, hojadelata, todo viejo, todo sucio, todo pintarrajeado grotescamente y tendréis lo que antes era *Postiguet* y hoy sigue llamándose así vulgarmente, aunque en realidad lleve el apellido del Alcalde que barrió tanta inmundicia, y aunque en la farola que hay á la entrada, aparezca un rótulo de hierro diciendo que aquél es el «Paseo de Gómiz».

Cuando aquéllo estaba como os habéis figurado, había cerca de los baños de «Diana» uno de estos cuchitriles, para la venta de cachivaches diversos fabricados con sal, corcho, madera y conchas, propiedad de Rita *la coja*, y por *aproximación*, ó mejor dicho, por parentesco *fraudulento*, del tío *Simbolses*, calafate del pequeño arsenal que aún existe.

Por amor, por interés, ó sea por lo que fuere, el caso es que Rita y *Simbolses* se unieron para dormir bajo el mismo techo, comer del mismo perol y mancomunar sus intereses, sin que en los

libros parroquiales ni en el Registro civil, figurase el matrimonio de estos sujetos.

Alegraba ó entristecía — que nadie pudo averiguarlo — la existencia de esta pareja, un rapazuelo mal cubierto de harapos, mostrando su negruzca piel por entre girones de trapos colgados sobre su cuerpo; de rostro avinagrado; coronada la cabeza por un puñado de pelos recios, de un rubio entre blancuzco rojo y tostado, pelo al que el sol, el agua del mar y la miseria pusieron de tal suerte, que valió á su dueño el apodo de *Cap d'estopa*.

Casi aseguro que sus padres habían olvidado ya que tuviese otro nombre, puesto que el de pila desapareció al secarse el agua con que en la iglesia le rociaron el cogote.

Nadie en la playa quería ser compañero de *Cap d'estopa*; se organizaban los pequeños batallones sin contar con él, y sólo alguna vez, como gracia especial, cuando jugaban al toro, le concedían hacer de *bicho* ó de caballo de picador.

Con la única que trabó confianza, fué con su vecinita de establecimiento, *Tonica*, una niña que sin el aceite que parecía sudar, sin el tostado color de su rostro y sin los harapos que pretendían cubrir sus carnechitas de virgen, hubiera sido una muchachita hermosa.

Era lo que ella decía: *Chimo* debía despreciar á aquellos granujillas de playa y ayudar á su madre. ¡Que mirase, que mirase lo que hacía ella! todo el santo día sentada á la puerta de la barraca cosiendo trapos para enseñarse á ser modista. El que aprendiera algo, que se metiera á hacer cualquier cosa; ella le quería y por eso le daba esos consejos.

Y *Cap d'estopa*, aunque no estaba conforme con aquella teoría del trabajo, la escuchaba embelesado y la miraba con veneración, como miraba á la Virgen del Socorro.

Aquellas continuas pláticas, aquella oculta adoración de *Chimo*, pensar que *Tonica* era la única que no pronunciaba

el odioso apodo, y verla tan hacendosa y tan quietecita siempre, hicieron brotar en su alma un cariño que creció con él y que llegó á ser amor loco, impetuoso, violento...



III

LA tarde estaba hermosa como tarde de verano; el sol espléndido y el cielo limpio parecían prestar más alegría á la fiesta. Los vecinos del *Raval Roch* habían puesto sobre sus cuerpos lo mejorcito que el arcón guardara para días de gran gala.

Era el 8 de Septiembre y la gente de mar festejaba á su Virgen del Socorro, para que agradecida cuidase de ellos cuando cabeceaban entre las olas buscando el sustento.

La calle del Socorro era un ascua de hermosura. Arriba el castillo de Santa Bárbara, asomando su enorme cabezota

por encima de los tejados, para contemplar la fiesta; las blancas casitas ataviadas con adornos de dudoso gusto; la calle, con su barandilla de piedra al frente, semejando extenso mirador de antigua fortaleza, atestada de gente ansiosa de fiesta; en un rincón, tras la cruz de piedra que erguida se sostiene, la ermita del Socorro, *el Socós*, con su fachada humilde y su aspecto pobre, como dando idea de la pobreza de sus feligreses.

A codazos y empujones se abría paso entre la gente, atropellando á todos, *Cap d'estopa*; él que había subido también, más que con deseos de fiesta, con ansias de amor; por ver una vez más á la ingrata de *Tonica* que no parecía vivir más que para *Pascualo*, aquel tonto orgulloso que porque tenía una lancha, cuatro *chavos* y un poquito de suerte, había revuelto la cabeza á la modistilla más preciosa del barrio; como si fuese el rey de España lo menos, y mereciera poseer aquellas gracias y aquellos en-

cantos que para sí anhelaba el miserable *Chimo*.

La encontró por fin y habló con ella. Que lo pensara bien; él la quería mucho, más que aquel orgulloso; que lo dejara y *Chimo* la haría feliz. La empezó á querer siendo niños los dos, cuando ella se enojaba al oírle llamar *Cap d'estopa*...

Nada, era inútil, *Tonica* no estaba conforme, aquéllo había que olvidar; no era ya la rapazuela pingosa del *Postiguet*; ella quería á *Pascualo*, *Pascualo* la quería á ella y se casarían muy pronto; podía, pues, dejarla en paz porque no sacaría nada... ¡ah! y que no la esperase más á la salida del taller, porque se lo diría á *Pascualo* y tendrían un disgusto.

Chimo siguió calle arriba sin mirar á quien derribaba en su impetuoso avanzar; llegó á la *Catreal*, le convidaron los amigos y entró á tomar unas copas, pensando si con el sabor del *criminal* olvidaría aquellas penas y mataría aquel amargor de hiel que le subía hasta la boca.

En la taberna era grande la concurrencia que se emborrachaba en honor á

la Virgen; había que celebrar la fiesta dignamente y de continuo se llenaban y vaciaban las copas de aquel licor mezclado de alcohol, y... alcohol, que á ellos les sabía á gloria.

Allí estaba *Pepico* el capataz, que sintiéndose Creso en virtud del aguardiente sorbido convidaba á todos á una *gaspachá*. El domingo. ¿les parecía bien? Iban á traer á la Faz Divina; ellos marcharían con la fresca á la Santa Faz, pasaban el día de *bureo* y volvían por la tarde acompañando á la Reliquia; iba todo el *Raval Roch* y no era cosa de quedarse en casa... Y apropósito, ¿no sabía nada *Cap d' estopa*? *Tonica* también iba y *Pascualo* con ella; lo sabía por el padre de la chica que le había convidado.

Cap d' estopa no quiso oír más; salió de la *Catreal* tambaleándose, no por el aguardiente, sino por la emoción de aquella infamia que le desgarraba las entrañas y le emborrachaba más que el veneno que le servía el *Canonche*.

Salió sin saber dónde iba ni á qué; pensó muchas cosas y muy terribles, y si-

guió atropellando á todos como cuando subía, y abriéndose camino á empujones y codazos. Llegó á la cruz de frente á la ermita y allí se detuvo cayendo sobre las gradas de piedra. *Pascualo* llegaba dispuesto á salir en la procesión; levantóse *Cap d' estopa* y agarrando á su rival por las solapas del chaquetón, lo arrastró lejos de la gente. Sabía que el domingo iba con *Tonica* á la Santa Faz. ¿Era verdad? Pues no lo consentía. La última vez la acompañó él jurando que nadie más la había de acompañar al monasterio; si iba, ya podía arreglar sus cosas, porque lo mataba.

¡Per la Mare de Deu del Socòs, que te mate!

A *Pascualo* le daba lástima aquel hombre. ¿Qué culpa tenía él de que *Tonica* no lo quisiera? ¿Podía él poner remedio...? Lo que debía hacer era olvidarla y no buscar compromisos á las personas honradas.

Cap d' estopa juró de nuevo: lo mataba. Podría ir con *Tonica* á la Santa Faz.

pero volver no, no volvería, lo había jurado por la Virgen.

Pascualo entró en la ermita y allí quedó aquel hombre apoyado en la barandilla, mirando al mar, y mesándose aquellos pelos recios y blancos, como peluca de macero ó manajo de esparto.



IV

No bien se dibujaba en el horizonte el resplandor del sol que pugnaba por aparecer, cuando en infernal algarabía marchaba la gente carretera *alante*, con dirección á la Santa Faz.

En informe procesión subían por aquella línea blanca, como venda extendida á través de los campos, los numerosos amantes de la *juerga*, cargados casi todos con enormes cestas, donde se almacenaba el comestible de la familia. Por senderos y por lomas, á campo traviesa, por todas partes avanzaban retozando como ganado disperso que nada respeta y ante nada se detiene.

Cuando el cascabeleo de los caballos anunciaba la proximidad de un carruaje, la gente se recogía, apretándose, en las cunetas del camino para dejarle paso, propinando algunos *requiebros* al cochero por el polvo que les hacía tragar.

Por momentos aumentaba la romería; los coches se sucedían con mayor rapidez, llegando á formar larga fila en la carretera. El bullicio aumentaba; voces de todos timbres, canciones de todas clases, guitarras, acordeones, cascabeles, gritos, todo junto, todo sonando á un tiempo en concierto infernal, y ni el sol y el cansancio aplacaban los bríos, ni el polvo espeso secaba las gargantas.

Desde el alto de la *Cruz de piedra* el panorama era soberbio. Inmensa paleta semejaba la huerta con sus infinitos toques de color vivo; el verdor del campo, las vistosas sombrillas, pañuelos cabezas... todo animado por el sol que arrancaba copiosos sudores, y todo velado por aquellas nubes de polvo, como incienso de la Naturaleza, que de vez en cuando exígia el auxilio de las reple-

tas botas, pródigas en vino, como si sudasen también al calor de aquella enorme ascua encendida en el firmamento.

Alla á la espalda, como telón de fondo, quedaban, el castillo, el mar, la ciudad, tranquilo todo y en silencio; mirando aquel pueblo que se alejaba y recibiendo girones de alegría que el viento iba arrastrado al besar suave.

Más tarde pasó la comitiva oficial encargada de trasladar la Reliquia. En lujosas carretelas avanzaban lijeros con aparatosa ostentación. Los maceros, con sus rojas dalmáticas y sus blancas pelucas, empuñando severos las plateadas mazas; luego el Municipio, todos arrellanados indolentemente, mostrando el azulado fajín, distintivo de sus cargos; el Clero con sus vistosas vestiduras cuajadas de oro, tendida la cruz, en un ángulo del carruaje; á la cola, los invitados, mostrando sus caras satisfechas, que representaban las esperanzas de sus estómagos.

En el caserío de la Santa Faz era imposible moverse. La gente había toma-

do posiciones haciéndose difícil atravesar la plaza. Aquí y allá se improvisaban cocinas, mientras los jóvenes retozaban alegre por aquellos campos, estropeando sembrados con sus correrías.

Las familias de *Tonica* y *Pascualo* se acomodaron bajo unos algarrobos para librarse de las caricias del sol. Ellos dos, paseaban por entre la gente contentos y satisfechos con su cariño.

Tonica estaba sofocada, quería volverse con su madre. *Pascualo* parecía gozar con aquel aluvión de frases galantes, con que los jóvenes saludaban el paso de su novia.

No vieron á *Cap d' estopa* que, lívido, se iba escondiendo entre la gente, como pretendiendo ocultarse de su rival, hasta que fuera hora de dejarse ver



V

COMENZABA ya á declinar el sol para ocultarse, cuando la romería, dispuesta al regreso, esperaba la salida de la comitiva para marchar tras ella hasta Alicante.

La gente se amontonaba ante la iglesia para no perder detalle; las campanas del monasterio rodaban con infernal estrépito en el pequeño campanario; los coches pasaban pausadamente por entre la apiñada masa para colocarse al otro lado de la carretera. Del templo salía resplandor de luces y olor de ceremonia, que parecía influir en el ánimo de la muchedumbre harta de jolgorio, rendida de alegría.

Frente á la iglesia esperaban los carruajes oficiales y allá dentro se preparaban ya á la salida.

A uno de los vaivenes de la gente que se apretaba con impetuoso oleaje, *Pascualo* quedó separado de todos. *Cap d'estopa*, que esperaba detrás ocasión de saciar su vengaza, llevó su mano á la cintura y empuñó la faca, y cuando levantaba el brazo armado para descargar el golpe mortal, un grito ensordecedor, unánime, le detuvo en su crimen: apareció en la puerta de la iglesia el sacerdote, llevando en alto la Sagrada Reliquia, volviéndola á todos con pausadísima rotación, y la gente toda hincó la rodilla gritando á coro, con el fervor del creyente y el entusiasmo de alicantino:

—*¡Misericordia! misericordia! Fas Divina...!*

Cap d'estopa arrojó el arma lejos de sí y con la cara enrojecida, ahora por la vergüenza, cayó de rodillas gritando también *¡Misericordia!...* pero con voz más fuerte, acaso con más fervor que nin-

guno, con la poderosa voz de su conciencia, con grito que debió llegar hasta arriba y alcanzar el perdón para aquel desgraciado.

Alicante y Agosto de 1902.



UNA PESETA

